

La danza del oso, bailada por indígenas de América del Norte en el siglo XVIII (grabado de J. Catlin; Biblioteca Nacional, París). Todos los pueblos, y en cualquier estadio de su evolución, han usado la danza como un instrumento mágico-religioso.

Primeras conquistas espirituales. Orígenes del lenguaje, la religión y el arte

Empecemos por recordar que en muchos de los restos hallados no se reconoce todavía al *Homo sapiens,* calificativo que incluso se negaba a la raza de Neandertal. Son jalones de una serie, ejemplares de tipos fracasados que acaso, pero sólo acaso, acabaron por producir el verdadero ser humano.

A pesar de su gran superioridad respecto a los antropoides, el casi hombre, que ahora llamamos homínido, debió de vivir una vida de autómata, movido por el instinto y sólo superior a los grandes simios por algunas técnicas primitivas. Pero a lo menos, conocía la manera de valerse del fuego. Es difícil que pudiera articular sonidos complicados con su robusta mandíbula, más a propósito para morder que para hablar. Sin embargo, es sorprendente el parecido de gran cantidad de palabras de los idiomas indoeuropeos con algunas voces de las razas oceánicas. Mano, en latín *manus,* es *manda* en australiano; pluma, en latín *penna,* es *bina;* cabeza, *kapata*... Hay que observar que hasta el parecido de los sonidos puede ser superficial, pues la diferente forma del órgano bucal en las distintas razas no permitiría idéntica pronunciación.

Hay razas –naciones enteras– que no



Indios bororos del Mato Grosso, Brasil, ejecutando una danza. Su indumentaria y las pinturas que llevan sobre la piel nos hacen ver que no se trata de un acto de la vida ordinaria, sino de un rito cargado de significación.

pueden pronunciar la *v* o la *l*. Pero a pesar de esta evidente incompatibilidad, algunas semejanzas del lenguaje de todos los hombres son causa de preocupación constante en la ciencia; cada veinte años se repite el fenómeno de la aparición de un sabio iluminado que asegura haber descubierto el secreto del lenguaje del hombre primitivo. Este persistente sueño por encontrar los principios elementales de un lenguaje común a toda la especie tendrá, sin duda, cierta justificación para los partidarios de un origen paradisíaco de la especie humana, opuesto a las ideas que preconiza la teoría de la evolución.

Para ellos está justificado preguntarse cómo se comunicarían los primeros hombres al salir del Edén. Algunos creacionistas aparentemente creen que de no haber contaminación de los progenitores o de sus vecinos, los niños hablarían naturalmente aquella lengua divina que es fatal a la especie. Neco, faraón en el viejo Egipto, escogió una pareja sana de recién nacidos y los mantuvo bien aislados para observar en qué idioma hablarían. Se han hecho otros experimentos parecidos, hasta en época moderna, con resultados tan ridículos como esperar que hablarían hebreo o sumerio. Ha habido casos de "hombres del bosque" en la India, niños abandonados, que han crecido solos y no llegaron a hablar ni lengua divina ni humana.

Caso de articular sonidos organizados como un lenguaje primitivo, los homínidos tendrían un repertorio de palabras extremadamente reducido, tal como podemos juzgar por el lenguaje de los pueblos primitivos actuales. Los tasmanianos no tenían adjetivos; para decir "fuerte", decían: "como una piedra". Los vocabularios de los indios del noroeste de América se reducen a unos cuantos centenares de vocablos. Pigafetta recogió también el cortísimo número de voces de que se valían los habitantes de la Tierra del Fuego, y lo mismo podríamos decir de otros pueblos oceánicos. La gramática es elemental en todos ellos; para contar se valen de unos cuantos numerales. Los australianos conocen sólo el uno y el dos *(unnar* y *dakala)*; para decir tres, dicen uno y dos; el cuatro es dos y dos. Para ex-



Corteza de árbol pintada por aborígenes australianos. Muchas de las pinturas de los primitivos actuales no tienen sólo un fin decorativo, sino que transmiten mensajes.

presar cinco dicen: "una mano entera". Otros primitivos solamente pueden decir "muchos" al pasar de cinco, y "más que muchos" cuando tienen que señalar una gran cantidad. Corresponde este modo de expresarse a lo que vemos en nuestros campesinos europeos, los cuales, aunque su lenguaje es abundante, pues conocen acaso más palabras para cosas y fenómenos naturales que el hombre culto, usan poquísimos adjetivos y para contar dicen: tantas docenas, tantos centenares, etc. La costumbre de mover la cabeza hacia abajo para expresar la afirmación y la de moverla de un lado a otro para la negativa; la de mover la mano para amenazar y de apuntar el dedo para señalar, son idénticas en todas las razas humanas. Más sorprendente aún resulta que algunos signos del lenguaje de nuestros sordomudos sean análogos a los de muchos de los primitivos actuales.

El lenguaje por signos es tan necesario entre los indios americanos, que se ha llegado a afirmar que ni aun los individuos de una misma tribu pueden entenderse en la oscuridad. Sirve además como lengua americana universal entre las diversas tribus o "naciones" que hablan lenguas distintas, pues cuanto más primitiva es la humanidad, más variedad y abundancia parece haber de dialectos.

Alguien ha insinuado que la necesidad de emplear los brazos en las labores cada día más difíciles de la primitiva humanidad obligó al hombre a valerse de sonidos en lugar de gestos para comunicarse con sus semejantes. Así, el napolitano moderno, acostumbrado al *dolce far niente,* empleará más gestos que un obrero mecánico del norte de Italia.

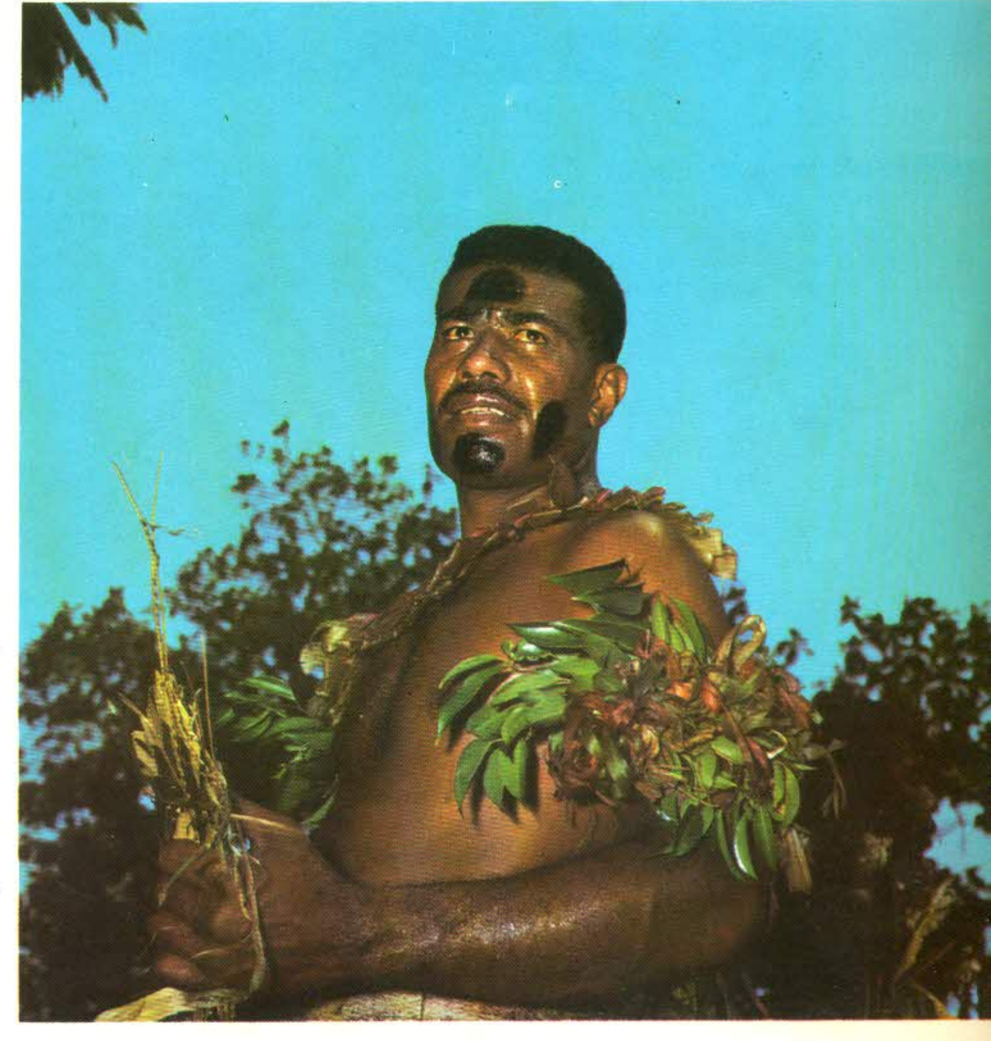
Relacionados con el lenguaje de los signos pueden considerarse los dibujos o pictografías, que empiezan siendo señales en el suelo. Un palo clavado, inclinado, indica aún en América dirección; lo mismo quieren decir montones repetidos de piedras, y con pictografías que pronto constituirán los jeroglíficos primitivos se comunicaban los indios los acontecimientos. Es un hecho indiscutible que todos los primitivos actuales graban o pintan figuras esquemáticas en las rocas y en esto ya se distinguen de los antropoides. Ningún animal produce nada representativo que pueda convertirse en arte. ¿Pero es que lo que observamos en los primitivos actuales y en los hombres de la edad de la piedra tuvo un principio en las familias de homínidos? ¿Acaso los hombres de Java y Pekín llegaron a borronear siluetas en las rocas? Es dudoso.

Lo que parece evidente es que si los homínidos llegaron a poseer un lenguaje articulado, su imaginación se desarrollaría mucho más de prisa que su inteligencia, y la manera de expresar sus sentimientos debió de ser, como la de los primitivos actuales, por comparaciones, metáforas, apólogos y parábolas. Es lo que observamos todavía en el folklore de los negros, de los polinesios y australianos. El argumento, la trama de la acción, el cuento, es infantil; lo que le da verdadero valor a la narración son los episodios marginales.

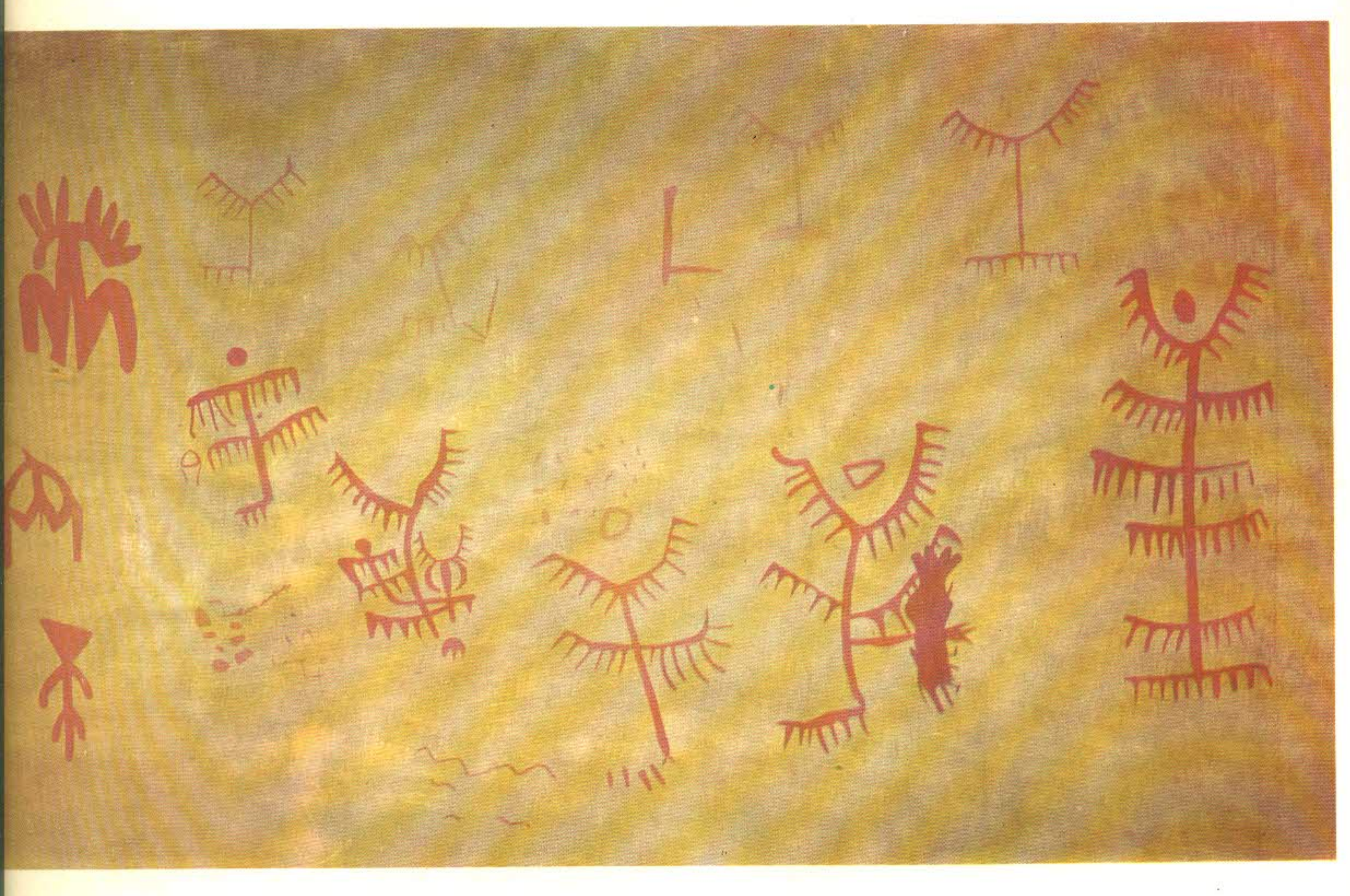
Según los modernos estudios en psico-

COMPARACION DE LAS CAPACIDADES CRANEANAS DE UN GORILA, LOS PREHOMINIDOS Y EL HOMBRE DE NEANDERTAL

Gorila	centímetros cúbicos 655
Australopithecus (no adulto)	600
Pithecanthropus erectus	750-940
Sinanthropus pekinensis	850-1.200
Hombre de Neandertal	1.300 (mínimo)



Guerrero de las islas Fiji, en la Polinesia, pintado y adornado con elementos vegetales. La decoración del propio cuerpo, común a todos los pueblos primitivos, obedece, más que al afán de adornarse, a necesidades religiosas y cultos totémicos.



Pinturas prehistóricas de Almadén (Ciudad Real), muy estilizadas. La pictografía es la forma más primitiva de escritura, que intenta representar la misma realidad de las cosas. Así, estas pinturas nos sugieren hombres y ciervos.

análisis, hasta hace muy poco no consiguió la inteligencia humana ordenar la frase, hablando de una manera metódica y consciente, como la empleamos hoy los hombres civilizados de las razas indoeuropeas. Los semitas no parecen haberlo conseguido nunca totalmente; de aquí el desorden que encontramos en sus profecías cuando no están "organizadas" por una interpretación occidental. Aun en los tiempos históricos –hoy mismo–, cuando se traducen oraciones de indios americanos convertidos al cristianismo por los misioneros, ¡qué extraña confusión nos parece encontrar en sus palabras, que, no obstante, para ellos están llenas de sentido...!

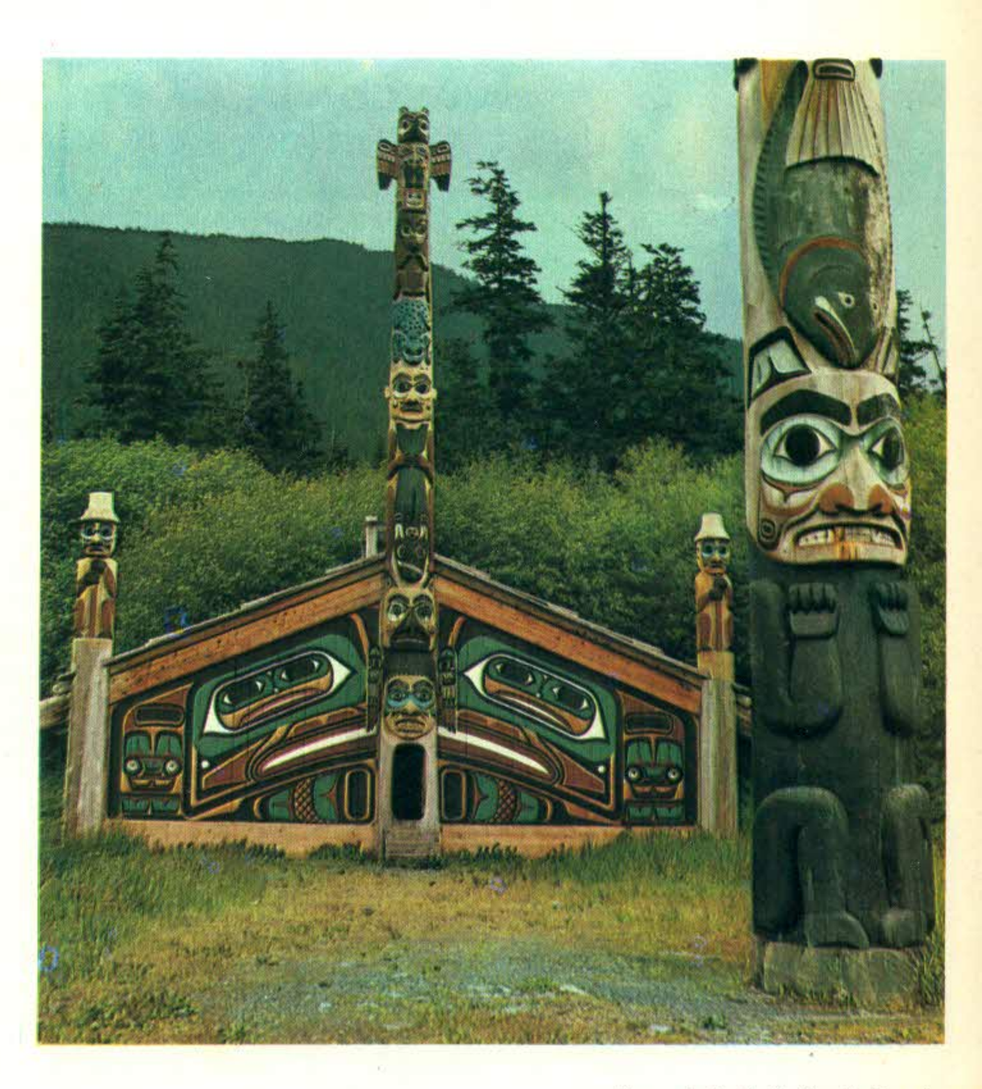
Nietzsche notó que durante el sueño y en nuestras pesadillas pasamos por el estado de pensamiento de la humanidad primitiva. "Quiero decir –añade–, que de la misma manera que ahora raciocina el hombre en sueños, raciocinó cuando marchaba despierto hace miles de años. La primera "causa" que acudía a su mente para explicarse alguna cosa que necesitaba explicación le satisfacía y era aceptada como la verdad." Freud propone que el pensar en sueños fue causa de la formación de los mitos. ¡Son –dice– los sueños seculares de la joven humanidad!

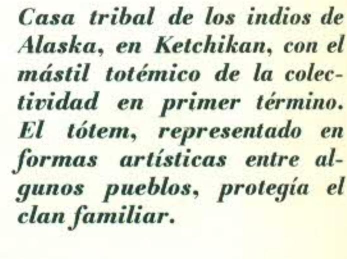
Las adivinanzas y enigmas son también una supervivencia de esta imaginación primitiva. Herodoto cuenta un hecho que revela un primer contraste entre las mentes primitivas y la inteligencia lógica que poseemos hoy. Explica que las tribus de los escitas enviaron un mensaje al rey Darío, y que el embajador, sin despegar los labios, puso a los pies del monarca un pájaro, una rana, un ratón y un puñado de flechas. Al preguntarle el significado de aquel mensaje, el embajador escita contestó simplemente que no tenía orden de hablar, sino tan sólo de entregar aquellos presentes y marcharse. Darío y sus ministros no pudieron ponerse de acuerdo para interpretar la embajada: según Darío, quería decir que los escitas le entregaban el aire, el agua y la tierra; pero uno de sus dignatarios creyó entender que los escitas amenazaban con sus flechas y que, para librarse de ellas, tendrían que esconderse bajo la tierra, como el ratón, o volar por el aire o nadar debajo del agua... El mensaje quedó sin descifrar. El acertijo de Sansón –"del que come salió comida y del fuerte salió la

dulzura"–, no lo comprenderíamos si la Biblia no explicara su significado, que fue "que las abejas hicieron un panal en el cuerpo de un león muerto y así producían miel o dulzura aprovechándose del fuerte o león". Por todo esto, es muy probable que si pudiésemos hablar hoy con el hombre de Heidelberg, aunque comprendiéramos sus palabras, no entenderíamos sus ideas.

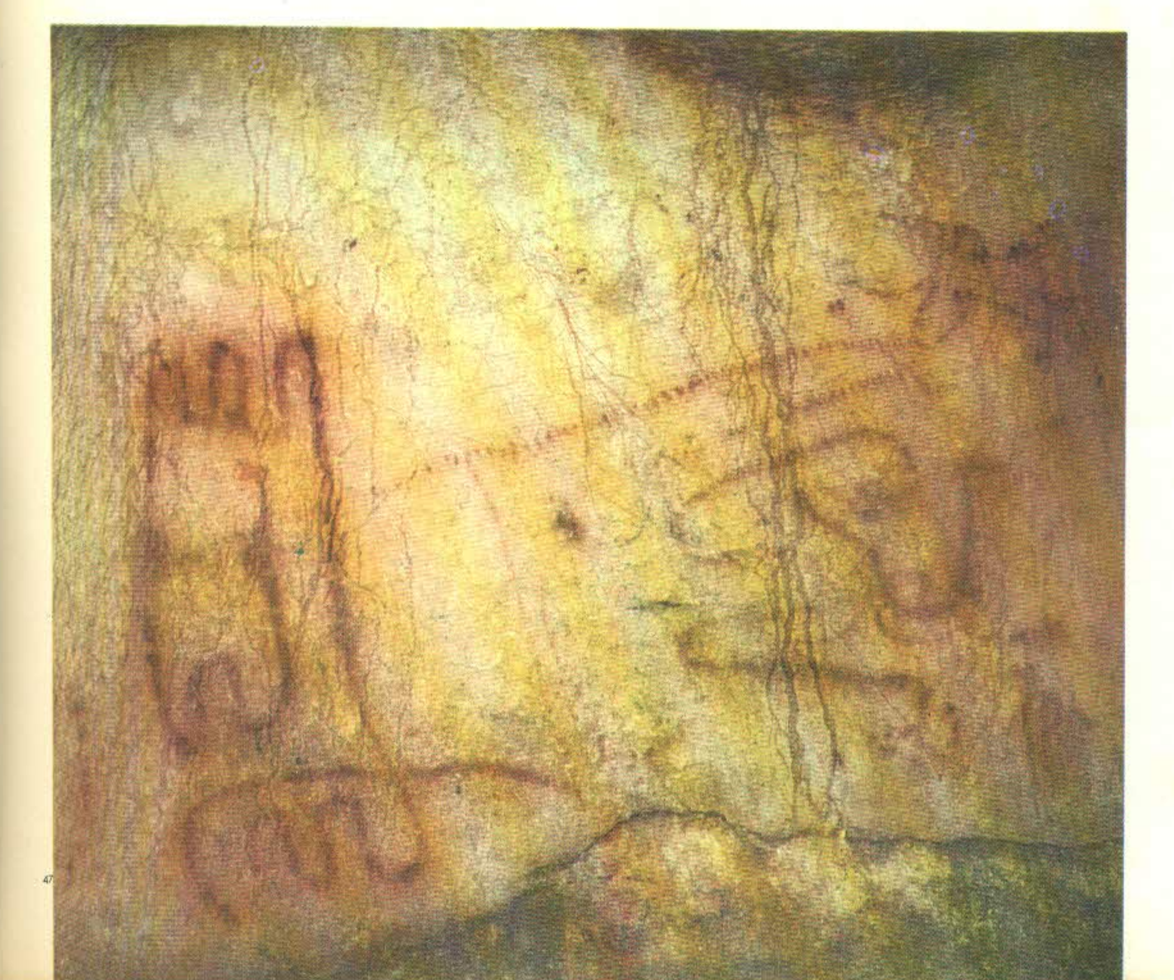
Aristóteles declaró que un ser sin lengua sería "una bestia o un dios". Es natural, pues, que una cosa tan importante como la palabra, que caracteriza a nuestra especie, haya preocupado a los hombres de ciencia y se hayan hecho conjeturas para averiguar el origen de tan preciosa facultad humana. El problema interesó ya a los antiguos griegos, pero durante los dos últimos siglos el origen del lenguaje ha sido una de las más constantes preocupaciones de varias ramas de la ciencia. Los filósofos, los naturalistas, los filólogos, todos han tratado de encontrar una hipótesis satisfactoria, y aunque los resultados son más bien desconcertantes, queremos dar al lector una idea de las principales teorías expuestas para explicar el origen del lenguaje. Estas pueden reducirse a tres.

La primera teoría, que podríamos llamar mística, pretende que el *logos,* o la palabra, existió desde el principio. La palabra, si no estuviera corrompida por el uso, expresaría la esencia de las cosas. Las palabras son,





Casa tribal de los indios de Alaska, en Ketchikan, con el mástil totémico de la colectividad en primer término. El tótem, representado en formas artísticas entre algunos pueblos, protegía el clan familiar.



Pictografías de la cueva de la Pileta (Málaga). La simplificación incesante de estas representaciones desembocó en la escritura ideográfica, que aún se usa en algunos pueblos actuales.

LA AYUDA DE LA ETNOLOGIA EN EL ESTUDIO DE LA PREHISTORIA

Se ha dicho repetidamente que etnología y prehistoria tienen el mismo sujeto de estudio: el hombre primitivo. Pero mientras la última utiliza los restos de la actividad humana que durante milenios el suelo ha conservado, la primera interroga a las sociedades actuales que en forma más o menos fosilizada han conservado formas culturales, de cultura espiritual y social, que se originaron en los lejanos milenios de los tiempos prehistóricos. Con métodos diversos, pero complementarios, se acercan a los mismos problemas históricos.

Cada una de esas técnicas de estudio tiene sus valores positivos y negativos. La prehistoria, entendida como interpretación de vestigios arqueológicos o antropológicos hallados estratigráficamente, aplica a sus fenómenos una cronología exacta, gracias a los modernos métodos de análisis radiactivo. En cambio, nos proporciona unos elementos de vida material, en los que sólo de modo indirecto y precario es posible vislumbrar factores espirituales, sociales y económicos.

La etnología nos ofrece todo lo contrario. Carece de una cronología segura, pero nos proporciona lo que más deseamos conocer en el hombre primitivo: su mentalidad, su vida familiar, su actividad social, su vida religiosa. El peligro está en que, aunque el científico comparta su vida con los primitivos actuales diseminados por diversas partes del ecúmeno, no es fácil penetrar y menos comprender la mentalidad del primitivo, a la que erróneamente Lévy-Bruhl calificó de prelógica, subestimando la capacidad del hombre, por lo menos desde que existe la raza de Cromagnon e incluso antes. El primitivo no entiende muchas veces lo que el etnólogo occidental le pregunta, trata de engañarle o no quiere mostrarse en la intimidad de su fe o de sus ritos ancestrales.

Así se han producido situaciones ridículas. Durante su vuelta al mundo a bordo de la "Beagle", Darwin pudo convivir o interrogar a los fueguinos y dedujo que carecían de la noción de un dios. Cuando los fueguinos han podido ser estudiados por gentes que vivieron con ellos durante años, misioneros o etnólogos como el P. Gusinde, por ejemplo, se ha visto que tenían nociones muy claras de un dios padre, creador, cuyos mandamientos coinciden con los que el Decálogo señala.

En dos siglos y medio que la etnología lleva trabajando con intensidad cada vez mayor, desde la obra del jesuita P. Lafitau, en la que comparaba las costumbres de los iroqueses y otros indios norteamericanos con las de los pueblos clásicos tal como los escritores de la antigüedad nos los presentan, se han recogido materiales etnológicos en cantidad fabulosa. Museos, libros y revistas han acumulado datos de todos géneros. Ha sido tan generosa la cosecha de los etnólogos como puede haberlo sido la de los arqueólogos. Pero así como éstos pueden fácilmente ofrecer un esquema, en el que se tratará de rellenar los huecos, los datos etnológicos hay que interpretarlos para sugerir previamente un esquema que los ordene.

Por estas razones nos hallamos actualmente con dificultades para aunar los dos puntos de vista en el estudio de la humanidad primitiva: el arqueológico y el etnológico. Notamos más esta dificultad por el hecho de que durante un cuarto de siglo una escuela etnológica que acentuaba su sentido histórico, la llamada escuela de Viena, a cuyo frente se hallaba el P. Guillermo Schmidt, y en la que brillaron figuras tan insignes como las del P. Koppers y el P. Gusinde, tuvo un extraordinario prestigio. Esta escuela, cuya labor de investigación sobre el terreno se basaba sobre todo en la observación realizada por misioneros, que por la índole de su labor son los más apropiados para darse cuenta de los fenómenos sociales y religiosos, acentuó el sentido historicista que la etnología siempre tuvo de alguna manera. Rival de la escuela evolucionista, sin embargo compartía con ella el afán de obtener, podríamos decir, el árbol genealógico de las culturas humanas, paralelo al árbol genealógico de las etnias, que el prehistoriador desea poseer algún día.

La escuela histórico-cultural era tan ambiciosa que exageró sus postulados, cuya admisión se dificultaba para muchos, dado el carácter católico ortodoxo que los adalides de la escuela no ocultaban. Su revista *Anthropos* fue su órgano y hay que reconocer su gran valor. Pero tras el auge de los estudios etnológicos, especialmente en América, y la aparición de nuevos puntos de vista y de nuevos métodos, la ideología de la escuela de Viena acabó siendo abandonada por sus propios cultivadores. Ello era inevitable, pero hay que reconocer que nada coherente la ha sustituido y que los historiadores notan la falta de un esquema en que etnias y culturas se ordenen con un criterio de tiempos sucesivos.



Si tuviéramos este deseado esquema, podríamos dar una cronología absoluta a los elementos culturales conocidos a través de la etnología, ya que cabría la posibilidad de establecer la correlación entre las culturas señaladas por ambas ciencias, y las fases etnológicas serían fechadas de acuerdo con las culturas similares. Desgraciadamente esta correlación no era aceptada por los autores no pertenecientes a esta escuela y, en realidad, nos hallamos muy lejos de poder establecerla de manera que nos satisfaga a todos.

El sistema de la escuela histórico-cultural se basaba en el estudio de las formas adoptadas por algo tan esencial en las sociedades como es la familia, y en la aceptación de la doctrina de los círculos culturales, que ya geógrafos como Ratzel y etnólogos como Graebner, Foy y Ankermann habían aceptado. Cada ciclo cultural es considerado como un ente con vida propia, cuya evolución podemos seguir desde su nacimiento a su muerte, casi como si fuera un ser vivo. En este último sentido, historiadores como Spengler o Toynbee lo han utilizado para sus grandes síntesis.

Defendiendo esta escuela el principio de la difusión a ultranza, busca la sucesión de los ciclos que resumen el progreso de la humanidad en todos los continentes, incluso en América. Los ciclos arcaicos o patriarcales quedarían en parangón con las culturas prehistóricas del paleolítico inferior y medio. El matriarcado y el totemismo se corresponden con el paleolítico superior europeo, lo que es evidente si pensamos en la relación totemismo-magia-arte cuaternario. El ciclo matriarcal coincidiría con los primeros pueblos neolíticos. Las grandes culturas del Próximo Oriente ya son el resultado de la fusión de elementos de origen muy diverso y por esto hallamos ya a la vez rasgos patriarcales y matriarcales, totemistas y monoteístas, situación que ha ido consolidándose hasta tiempos modernos.

Pero como ya dijimos, este sistema es demasiado ambicioso y hoy la etnología ha retrocedido a la rebusca de nuevos métodos y nuevas explicaciones. Su utilidad a la historia volverá, sin duda, cuando algún autor genial nos dé una nueva síntesis con preocupación historicista.

L. P.



Tótem del archipiélago de Bismarck, en la Papuasia (Rautenstrauch-Joest-Museum, Colonia). El tótem sirve de elemento de unión entre los individuos de una misma tribu.

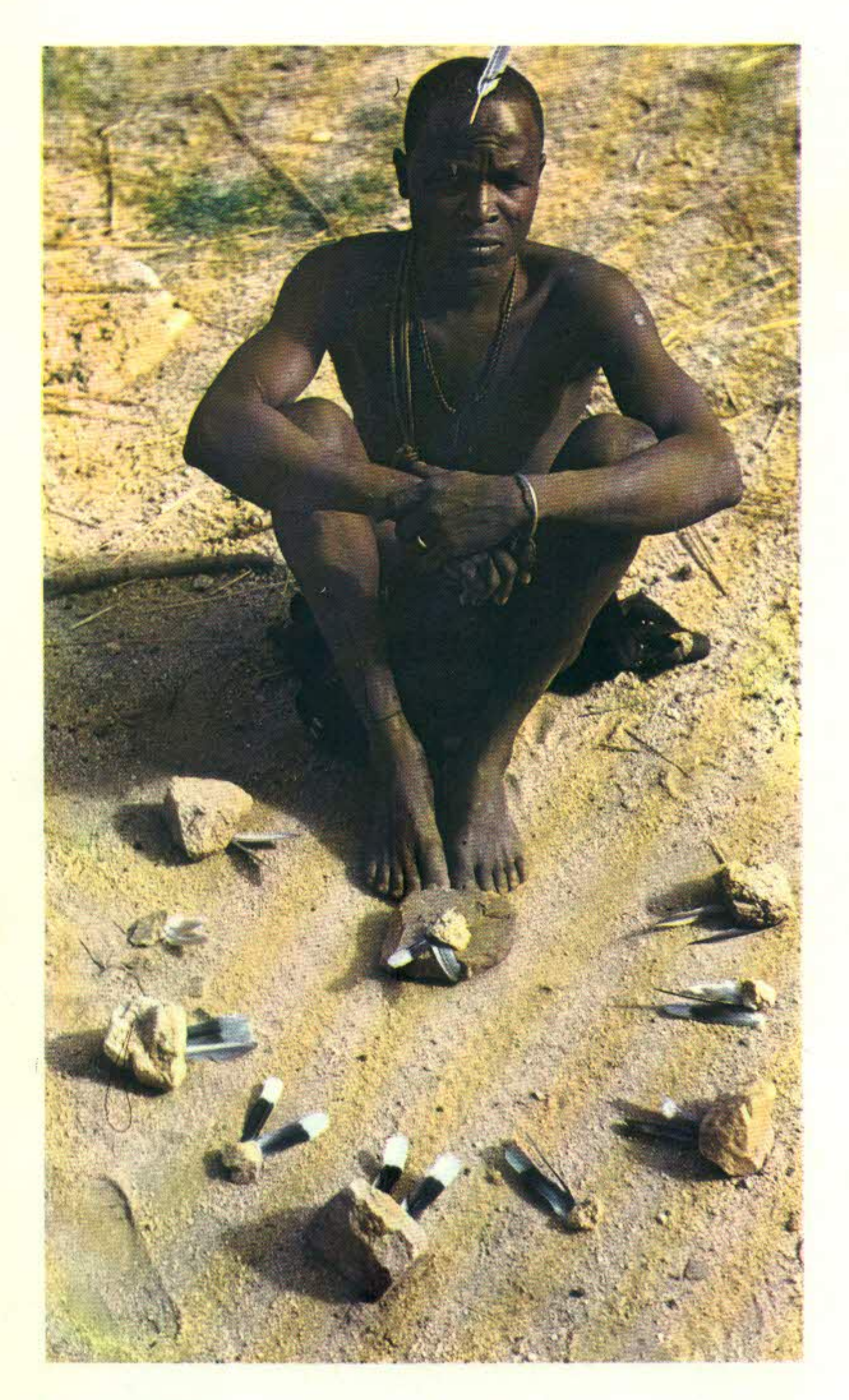
pues, producto de la misma naturaleza, no creación del hombre. El hombre las reproduce por instinto o inspiración. Tal fue el concepto expuesto por Platón y los neoplatónicos, admitido durante toda la Edad Media por algunas escuelas filosóficas y enunciado otra vez en tiempos modernos por Heyse y otros filósofos alemanes. El mundo es como un órgano inmenso, en el que cada objeto emite su sonido, que es la palabra. La idea de que el lenguaje haya sido o pueda ser con el tiempo la expresión de la esencia de las cosas no ha asustado a hombres de ciencia como Leibniz, quien lanzó la idea de una *lingua characteristica universalis,* esto es, una lengua universal en la que cada palabra expresara lo característico de cada cosa. Claro está que la lengua que imaginaba Leibniz sería una creación artificial, como el esperanto, sólo que cada vocablo incorporaría la idea exacta de cada cosa, no una mezcla de palabras escogidas entre los diversos vocabularios.

Dentro de esta misma escuela mística pueden incluirse los que afirman que las lenguas son la materialización del espíritu de una raza; así es que un abisinio cambiará antes de color de la piel que de lenguaje y un europeo no llegará a hablar bien el chino hasta que se convierta en chino espiritual y materialmente.

La segunda teoría, que podríamos llamar física, es la que hace al lenguaje producto del hombre por reflexión, quien fue llamando a cada cosa por su nombre a medida que la necesidad le obligó a ello. Así se explica en el *Génesis* el origen del lenguaje: "Y Dios

Mástil totémico en Stanley Park, Vancouver (Canadá).





había creado de la tierra a todas las bestias del campo y a todos los pájaros del aire, y los hizo venir hacia Adán para que les diese un nombre, y el nombre que Adán les dio fue su nombre". Ésta parece ser la idea de los semitas. El poema babilónico de la Creación empieza con estos versos: "En aquel tiempo, el cielo aún no tenía nombre – y el nombre de la tierra no se había declarado todavía – y el caos sin abrir era su dueño...". Y no hay duda que, sobre todo en la época moderna, algunas palabras han sido propuestas por la voluntad del hombre. Así la palabra "gas" fue sugerida por Van Helmont, la de "urbanidad" por Balzac, la de "beneficencia" por el abate Saint-Pierre y la de "madre-patria" por Disraeli.

Un tercer grupo de teorías, resultado del naturalismo y materialismo contemporáneos, hace originar el lenguaje de la imitación de los sonidos naturales. Los antiguos egipcios, que no conocieron el gato hasta la duodécima dinastía, le llamaban *miau* y los chinos le llaman así todavía. Parece que los papúes llaman al perro *bau-bau* y al hacha de hierro *din-din*. Ejemplos de onomatopeya, o imitación de los sonidos naturales para significar las cosas, se pueden observar en el lenguaje de los niños que empiezan a hablar; por ejemplo, llaman *chu-chu* al tren por el ruido de la locomotora; además, se pretende que muchos vocablos fueron gritos espontáneos, interjecciones en momentos de dolor o de placer que quedaron definitivas para recordar la cosa o el acto. Así podrían originarse voces también de los gritos que profieren los hombres al agruparse para ejecutar una labor, como los vendimiadores al prensar la uva, los segadores al cortar las mieses, etc.

Suponemos que el lector no habrá quedado muy satisfecho con estas tres explicaciones, y aún menos lo estaría si pudiera conocer las enormes dificultades que se presentan

Entre los pueblos primitivos, el brujo (como éste, del Camerún) es el ministro de una religión mágica en la que el Bien y el Mal están en continua lucha.



Algunos fetiches del brujo, en el Congo Kinshasa. Según creencia de muchos primitivos, estos objetos están animados por ciertos espíritus protectores o vengadores del individuo o de la tribu.

LOS PROBLEMAS LINGÜISTICOS DE LOS ORIGENES

Si hay algo que el prehistoriador lamenta no conocer en la vida de los seres que estudia es la lengua, el vehículo de comunicación obligado entre seres racionales, el que resume toda la cultura que un pueblo alcanzó. Por su índole, la palabra hablada desaparece tan pronto se ha emitido si no es recogida por un oído que la transmita a los órganos que puedan interpretar el sonido captado. Se nos escapa, pues, irremisiblemente y hay pocas esperanzas de que esto tenga remedio, ni aun imaginando las más audaces fantasías de la ciencia-ficción.

Tan sólo la palabra cobra valor para el prehistoriador cuando se logra fijarla mediante la escritura, verdadera revolución intelectual sin la cual nos hallaríamos todavía en plena edad de la piedra. Pero tal revolución es muy moderna; acaso no cuente con más de 5.000 años de antigüedad, esto es, unas 170 a 200 generaciones. Queda fuera de ella la mayor parte de la vida de la humanidad. Sin embargo, sólo el análisis de los idiomas escritos, el estudio de la onomástica y la toponimia, que muchas veces son reliquias de tiempos lejanos, nos permite intentar rehacer la historia del lenguaje.

Una primera y larga etapa sería la del paso de un rudimentario lenguaje inarticulado, que los animales poseen en mayor o menor grado. Sin duda, este paso podemos imaginarlo en los estadios de los australopitécidos o de los pitecantrópidos. No existe base cierta que permita imaginar un sistema lingüístico basado en onomatopeyas que constituyeran el sustrato de nuestro sistema babélico de lenguajes. Ha habido teorizantes que han imaginado que ciertos sonidos simbolizarían determinados seres o acciones; así, por ejemplo, la *m* estaría ligada a la idea de agua o líquido. Pero esta hipótesis no ha permitido ir muy allá en el cambio de la comprensión del fenómeno lingüístico.

Si se examina el comportamiento de los animales, se observa en algunos la facultad de expresar estados simples de su existencia: temor, hambre, amor; esto se logra, generalmente, por medio de gritos o entonaciones diversas. Cabe pensar que los australopitécidos, por ejemplo, se hallaban en esta fase. La capacidad cerebral de los pitecantrópidos y la posibilidad de que ellos fueran los autores de las bellas hachas de mano obliga a pensar que su sistema de lenguaje no podía ya hallarse en un nivel tan rudimentario y que debieron de poseer un sistema de lenguaje articulado, aunque rudimentario y con una fonética primitiva. Con el paleolítico medio estaríamos también ante una lengua o lenguas bien definidas, pues no sabemos si a la unidad cultural mústero-neandertaliense correspondía también una unidad lingüística o no. En todo caso, a todos parece evidente que la gran riqueza artística del paleolítico superior no hubiera sido posible sin la posesión de un lenguaje articulado, ya rico y complejo.

Si procedemos a la inversa y buscamos entre las lenguas que hoy podemos escuchar en zonas de gran primitivismo, nos encontramos con grupos de primitivos actuales, como los pigmeos, que han adoptado la lengua de sus vecinos. En cuanto a los bosquimanos, que hablan uno de los lenguajes que se supone más arcaicos, tienen una fonética llena de clics, chasquidos y sonidos raros. Pero el hecho que los etnólogos han podido comprobar, no sin cierta sorpresa, es que esos pueblos primitivos, contra lo que se creía, poseen lenguajes complicados, vocabularios muy ricos y gramáticas elaboradas. Es decir, se hallan lejos de la supuesta simplicidad idiomática. Caso clásico es el de los fueguinos, gente que por su cultura material se halla en un escalón muy bajo de la escala humana y que, sin embargo, tienen unos 30.000 vocablos en su idioma. Por su parte, la lengua de los navahos de Estados Unidos posee 36 consonantes y 8 vocales, dos pronombres de tercera persona en singular, etc.

No es posible explicarse la historia del lenguaje con argumentos sencillos y pensando en una evolución lineal de lo simple a lo complejo. Las cosas han sucedido con mucho mayor complicación. Incluso las grandes tendencias de las lenguas modernas afines entre sí pueden divergir por completo. Inglés y alemán son lenguas íntimamente relacionadas y, sin embargo, en el inglés hay una innegable tendencia al monosilabismo y a la falta de declinación y en el alemán un frecuente proceso de aglutinación o polisintetismo.

A pesar de las dificultades que parecen insalvables, los lingüistas intentan descubrir las afinidades ocultas entre tantos y tantos idiomas con la esperanza de aclarar su genealogía. Para ello han empleado el método comparativo y así han agrupado todas las lenguas conocidas en grandes familias o troncos lingüísticos, lo que teóricamente había de llevarnos al lenguaje primitivo, a un protoidioma. Por desgracia, la mayoría de idiomas conocidos no han sido escritos y, excepto para los troncos occidentales, podemos remontarnos sólo a épocas recientes.

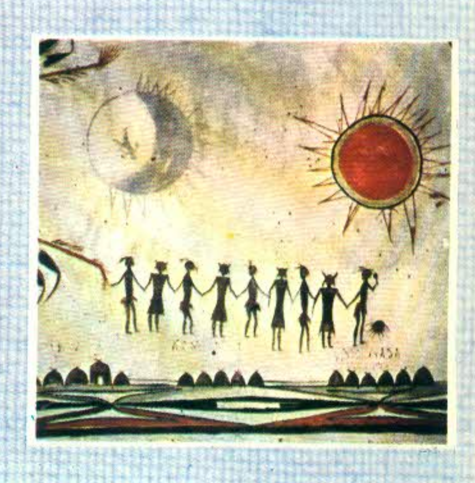
Para superar estas y otras dificultades, acaso no queriendo los lingüistas quedar rezagados frente a los investigadores de la prehistoria, en la revelación de etapas remotas de culturas han surgido los esfuerzos, realmente audaces, de algunos investigadores. La máxima difusión en este aspecto de los estudios antropológicos la ha tenido en los últimos años el método de la llamada glotocronología, que emplea la estadística en el léxico, cuyo gran propagandista ha sido el ya fallecido profesor Morris Swadesh, que en los últimos años de su vida trabajó en la universidad autónoma de México.

Swadesh se basa en la existencia de un vocabulario básico en el que normalmente figuran formas lingüísticas sencillas que corresponden a objetos o situaciones individuales que se reiteran en la vida normal y corriente. Con el tiempo, ese vocabulario básico va siendo sustituido. Swadesh, basándose en troncos lingüísticos muy conocidos como el latín y sus lenguas romances y tomando como base un vocabulario fundamental de 200 valores, encontró que la proporción, que supone constante, de retención sería de un 81 por ciento por cada milenio, aproximadamente. Si aplicamos este resultado al análisis de lenguas que por el método comparativo sabemos emparentadas entre sí podremos llegar a una cronología aproximada de las sucesivas divisiones del tronco originario. Un ejemplo lo tenemos en las lenguas navaho y kutschin, ambas de la familia atapasca, pero la primera en el suroeste de los Estados Unidos y la segunda en el Canadá. Por compartir todavía ambas el 70 por ciento de las voces se deduce que hace unos 850 años que se separaron, al emigrar los navahos hacia el Sur.

Es admirable lo que Swadesh ha conseguido en una selva impenetrable como parecían ser las lenguas americanas. Sus paralelos nos dan antigüedades de milenios y casi parece que puedan llevarnos a conocer las prístinas lenguas que los inmigrantes asiáticos aportaron al vasto continente que iban a poblar. Ya no quedan aisladas las de Sudamérica de las de Norteamérica, pues entre ambas mitades se cruzan lenguas cuyo parentesco podemos establecer con el audaz método que hemos descrito.

Pero, por desgracia, un análisis de este tipo deja menos satisfecho al historiador que el que nos proporciona el físico, el químico o el naturalista en la cronología de la Tierra y del hombre, aun reconociendo que estos últimos no han resuelto todos los puntos débiles de sus métodos. Y seguimos dudando que la palabra, que voló al momento mismo de surgir de una boca humana, revele todo su secreto al historiador, que con ello pierde lo que más quisiera conocer y que sólo atrapa cuando la milagrosa escritura permite fijar la expresión vocal.

L. P.



Amuleto del Nepal, al que su poseedor indígena atribuye poderes sobrenaturales para evitar daños de cualquier tipo (Museo Etnológico de Barcelona).

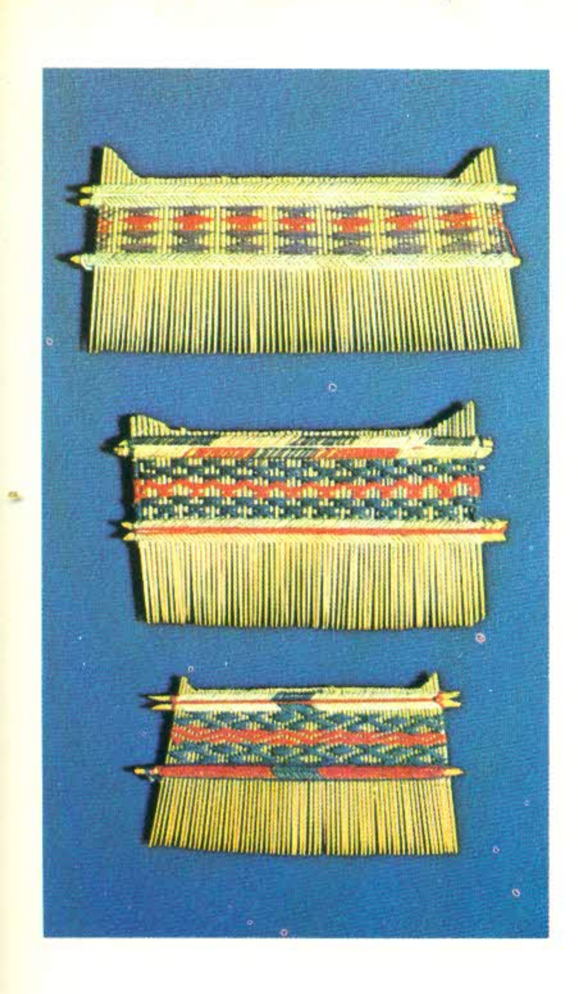




al querer explicar, en todos los casos, cualquiera de estas teorías. Muchos de los vocablos que usamos no son producto de creación, sino de destrucción; el lenguaje se corrompe por pereza, acortando las palabras y destruyéndolas para imitar a otras que creemos mejores. Razas enteras han abandonado sus lenguas o hablan unas jergas mixtas de sus idiomas primitivos y los de otros pueblos superiores con los que han estado en contacto. Pero ni aun en los lenguajes más primitivos puede explicarse la aparición del corto número de "raíces" de que se forman todas las demás palabras por ninguna de las tres teorías mencionadas: el instinto, la invención y la imitación. La dificultad capital es la siguiente: el hombre primitivo, como el niño, no discurre con palabras, sino con frases hechas. El fenómeno de desenvolver una idea en sus distintos elementos supone una mentalidad muy avanzada. Ciertos indios americanos, que tienen hasta veinte palabras para expresar conceptos concretos de la acción de lavar, como lavar una cosa, lavarse las manos, lavar la ropa, carecen de una palabra que exprese simplemente la idea abstracta de lavar. Lo más probable es, pues, que las primitivas razas humanas empezaran empleando vocablos para expresar una idea completa, no una cosa, y que poco a poco los elementos gramaticales fueran diferenciándose hasta producir las palabras raíces. Y es más que seguro que todos estos pasos hacia delante los dio el hombre empujado por impulsos más bien inferiores y por la dura necesidad.

Esto se ve también muy claro en lo que podríamos llamar el ciclo de los conceptos religiosos del hombre primitivo. Los poetas y filósofos románticos imaginaron la religión como una espontánea adoración de la criatura, maravillada ante la grandiosidad de los fenómenos naturales. Al ver salir el sol, al contemplar en el firmamento las estrellas, el primer hombre debió de caer de rodillas, adorando a los astros y a la causa primera que lo rige todo tan sabiamente. A ella debió de elevar no sólo su plegaria, sino también su agradecimiento y su amor. ¡Cuán lejos todo esto de la realidad! Hoy conocemos bastante bien el origen del fenómeno religioso en los primitivos actuales, y es muy probable que por las mismas causas apareciera en el hombre

Talla Fang de la Guinea que representa una danzarina en actitud de ejecutar una danza ritual (Museo Etnológico de Barcelona).



Peines hechos de fibras cosidas y decoradas por los indios yumbo de la Amazonia ecuatorial.

prehistórico. El deísmo poético del primer hombre adorando al Creador ha sido sustituido, no por el sabeísmo o adoración de los astros y fuerzas de la naturaleza, sino por el totemismo, o sea la misteriosa protección que un animal determinado dispensa a toda una tribu o a un simple individuo por separado. Para algunos el origen del fenómeno religioso es el miedo de lo invisible, desconocido, pero que se conoce que existe, y para protegerse hay que aceptar la idea de un animal protector.

La palabra *tótem,* para designar a este animal protector, es de origen americano, pues la usaban los algonquinos, pero la idea que representa es acaso la más universalmente extendida entre los pueblos primitivos. Los australianos usan la palabra *kobory* para indicar la idea del tótem, y nombres diferentes tienen los hotentotes e indios de Alaska para el mismo extraño concepto. El totemismo parece ser ingénito en la especie. Los egipcios en su panteón tenían dioses híbridos de animales, que en un principio debieron de ser pura y simplemente tótems de varios clanes del Egipto prehistórico. Hasta los dioses clásicos hállanse acompañados de un animal, y lo que ahora parece un símbolo, es fácil que antes haya sido el tótem, sustituido más tarde por un dios de figura humana. Júpiter debió de suplantar al águila, Minerva a la lechuza, Juno al pavo real, Apolo a la serpiente, Diana a la cierva, Baco al asno, etc. En los tiempos históricos vemos a Roma recordar su tótem en la loba, y ciertos pueblos germánicos, también hijos de lobos, tienen empeño en conservar como título nobiliario el recuerdo del tótem que debió de protegerles en los tiempos prehistóricos.

Generalmente los devotos de un tótem determinado se reúnen en fiestas anuales para danzar disfrazados e imitando los gestos del animal patronímico. Con aquella mímica se sentirán identificados con su tótem. El resto del año le guardarán veneración y procurarán no enojarle, absteniéndose de comerlo; al menos tratarán de desagraviarle con obsequios; por ejemplo, si un indio de Alaska tiene que comer salmón, recogerá todas las espinas y las pondrá en lugar reservado junto al agua, para que pueda encarnarse de nuevo en ellas el tótem salmón.

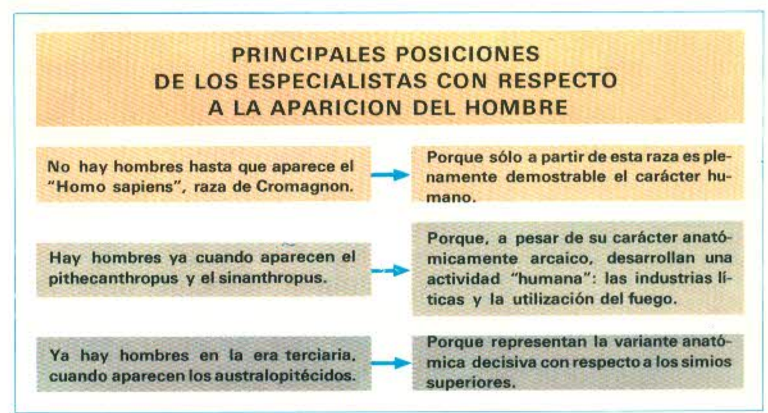
La rara manera de funcionar las mentes primitivas hace que los miembros de un grupo totémico se concedan un día de venganza para martirizar y comerse en banquete ceremonial a aquel animal al que han evitado dañar y comer durante el año.

Las danzas y fiestas en honor del tótem de la tribu o linaje durará días, hasta meses, pero cuando la sociedad humana se reduce a una sola familia, ya aparece la idea del tótem exclusivo de aquel clan.

Muchas hipótesis se han emitido para



Idolo de madera de la isla de Pascua, ejemplo del arte polinesio (Museo de Saint-Germain-en-Laye).





Máscara de los indios iroqueses. En los pueblos prehistóricos como entre los primitivos actuales, la máscara tiene un sentido religioso o utilitario, propio para la caza o las actividades guerreras.

explicar los fenómenos totémicos, y aunque sobre ellos existe gran diversidad de opiniones, a la hora presente la que parece más satisfactoria es la que se desprende de las ideas que respecto a la vida y la muerte tienen la mayoría de los salvajes actuales. Para muchos primitivos nada ni nadie muere por completo; una vasija que haya sido benéfica o maléfica para sus poseedores continuará ejerciendo saludable o perniciosa influencia aunque esté escondida o rota. Un animal muerto puede ser peligrosísimo si no está aplacado; el espíritu de un enemigo pueden absorberlo los individuos de la tribu comiendo su cadáver; pero lo más probable es que, después de andar errante algunos días, el fantasma penetre en el cuerpo de un animal vivo. En él habita cierto tiempo, hasta que se introduce el espíritu en el seno de una mujer y renace en forma humana. Si a esto se añade que algunos primitivos actuales desconocen la conexión entre las relaciones sexuales y la maternidad, no es tan de extrañar que la criatura se sienta dependiente del animal en que habitó su alma antes de nacer, más que del varón, jefe de la familia, que es su propio padre. Con estas ideas bien arraigadas es también natural que la mujer que va a tener un hijo, al sentir la primera sensación de la maternidad vea siempre un animal, real o imaginario, que será el tótem del que aún no ha nacido. Este nunca perseguirá a su tótem ni a sus "hermanos", los otros animales de la misma especie. En ocasiones se sentirá presa de calentura y se figurará que se ha transformado en su animal totémico; los demás miembros de la tribu, hipnotizados por sus gritos y su furor, creerán verle cubrirse de pelos, o de plumas, volar, crecerle los colmillos, etc. Estas metamorfosis son de corta duración, pero la fiebre que las precede y la depresión nerviosa que acompaña a una de estas crisis llegan a durar varios días.



EL PASADO DEL HOMBRE EN LAS TRADICIONES DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS

BABILONIA

Beroso explica que después de un período de anarquía de 1.680.000 años aparecieron los primeros grupos sociales, que se fueron transformando lentamente durante los 432.000 años antes del diluvio sumerio, que marca el principio de una época realmente histórica.

A diferencia de la Biblia, cuya cronología ha sido aceptada por el mundo cristiano hasta la edad contemporánea, otros pueblos orientales civilizados más antiguos que los hebreos conservaban la tradición de una historia antiquísima.

Los sumerios y egipcios tienen una imagen más matizada que los hebreos sobre los orígenes de la Historia, pero sólo en Babilonia y China encontramos una cronología definida.

CHINA

Periodización de las etapas formativas de la humanidad: en el origen son creados el cielo, la tierra y los seres; la vida comienza bajo el reino de las "familias augustas del cielo", para pasar luego al de las "familias augustas de la tierra". Finaliza este período mítico con el advenimiento de las "familias augustas de los hombres". A esta etapa mítica se le atribuían 594.000 años, tras los cuales la humanidad habría entrado en la vía de la civilización, con un período de centenares de siglos en los que habría construido sus primeros refugios, descubierto el fuego y luego la rueda. Hacia el siglo 45 antes de Cristo, el hombre practicaría la ganadería, habría aprendido a contar, establecido un calendario e instituido el matrimonio. En el siglo 32 habrían aparecido el cultivo de los cereales, la medicina y los primeros mercados; en el 26, la escritura, la aritmética, la astronomía, los carros y los barcos, la construcción de casas y palacios, el tejido de la seda, etc. Así se iniciaría la Historia.



Escena de caza pintada por los bosquimanos de Africa del Sur, una de las capas étnicas más antiguas de los primitivos actuales. Como en las pinturas rupestres, lo pintado antes de la caza expresa la suerte que el cazador desea tener al enfrentarse con los animales.

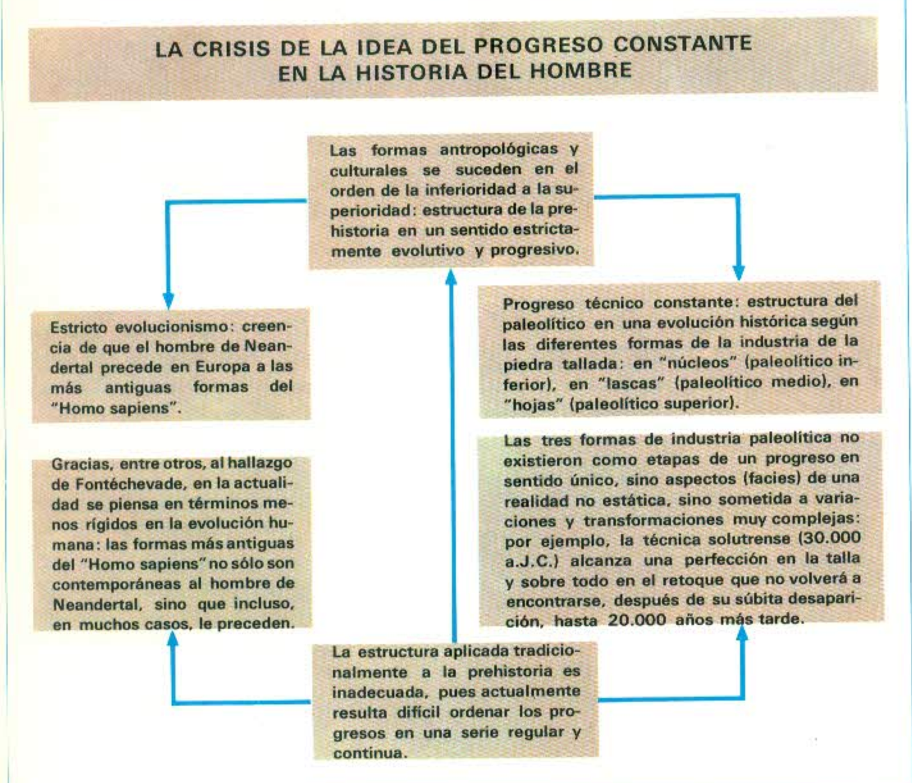
Al organizarse la sociedad humana en familias y tribus, el totemismo se complica, como toda religión. Además del tótem personal, hay que contar con la protección del tótem de la madre; todos los hijos de una misma mujer tienen este segundo tótem como un apellido de familia. El marido es adoptado por el tótem de la esposa; puede aún conquistar otro al matar a un enemigo y agrega al mástil totémico el tótem nuevo a continuación de los antiguos de su gente, al igual que los blasones en los escudos de armas de las familias nobles.

Todos los primitivos tienen lugares secretos, o *tabúes,* donde se reúnen los adultos de la tribu para preparar las ceremonias y danzas de iniciación. Los indios del noroeste de América se reúnen en la vivienda del jefe y allí celebran sus fiestas con objeto de conceder a un nuevo individuo la protección de determinado tótem. Algunas de estas sociedades secretas practican sus ceremonias en despoblado, y el sacrilegio de acudir a ellas, durante el rito, un extraño a la cofradía es castigado con la muerte.

Como se ve, el tótem no es un animal fantástico ni un espíritu que se manifiesta o encarna en la forma de aquél, sino que es el animal mismo. Lo único misterioso es el modo como el animal ejerce la protección sobre su ahijado, de qué manera le ayuda o cómo su poder se extiende hasta el hombre;



Figura kwakintl, procedente del norte de las islas Vancouver, que representa el pájaro del Trueno (Museo Británico de Londres).



pero ya hemos dicho que la lógica es lo que menos interesa al hombre primitivo: no se pregunta el porqué ni el cómo, acepta con fe ciega lo que creen los viejos y cuentan los brujos de la tribu. Para él es innegable que el tótem ayuda en casos difíciles y que sobre todo alivia y cura las enfermedades. Las prácticas de nuestra medicina popular revelan muchas supervivencias de aquellos días prehistóricos; llenaríamos no pocas páginas de este libro si tan sólo quisiéramos reducirnos a detallar las que todo el mundo conoce.

Pronto los grupos totémicos tienen necesidad de una choza para disfrazarse y fabricar los objetos mágicos que utilizan en sus apariciones anuales. Allí se fabrican las máscaras, las matracas, los vestidos que sirven sólo para las fiestas. Las mujeres y los no iniciados ven surgir de la casa prohibida para ellos la máscara ataviada con plumas y collares; a menudo todo el cuerpo va escondido en una túnica de fibras que llega hasta los pies. Es inconcebible que sea uno de los miembros de la tribu que se ven cada día. Precede a su aparición el ruido misterioso de las matracas que resuenan y gimen como si fueran voces de los espíritus.

Con el tiempo los ritos se complican de tal manera que se necesita un maestro de ceremonias; éste es el primer tipo de sacerdote que conoce la humanidad. El nombre de *shaman,* que le daban los mongoles, ha sido aceptado por todos los hombres de ciencia para expresar esta idea del curandero y sacerdote. Un *shaman* es, además, brujo y encantador. Su poder es terrible; no sólo conoce la fórmula misteriosa que librará de todo mal al individuo, sino que además posee un objeto mágico, un tambor, un manto, que es único por su capacidad de producir efectos benéficos o dañinos, pues puede curar al paciente a distancia o infundirle profunda melancolía, que le causará la muerte lentamente. Para su actividad mágica a veces es necesario herir la efigie o maltratar algo que haya pertenecido a la víctima; escupirle es otro modo de provocar su destrucción; otras veces, bastará, en la oscuridad de la noche, señalarle con el dedo o con un hueso puntiagudo, lo que necesariamente le será fatal. El embrujado no tratará de defenderse, todo lo más acudirá a otro brujo o *shaman* que pueda acaso deshacer el maleficio del primero; por lo general se dejará morir, sumiéndose en una misantropía llamada *tanatomanía* o preocupación de la muerte.

A medida que la humanidad avanza a costa de dolorosas experiencias, trata de darse explicaciones sobre el origen de las cosas. Los indios del noroeste de América aseguran que el cuervo, el más sabio de los animales totémicos, ha sido el creador del mundo, y



Pintura de primitivos actuales proveniente de Africa del Sur. Los anillos en forma de ligas en brazos y piernas son el testimonio de las proezas realizadas por quien los lleva.

que se comunica por medio de apariciones misteriosas con sus devotos predilectos. Otros no llevan sus conocimientos más allá del origen de la tribu. He aquí cómo cuentan su historia los puraris, de la costa de Nueva Guinea, en el mar Pacífico. Ivu, el primer hombre, surgió de la tierra al pie de un árbol de ajenjo silvestre. Hizo salir a su esposa Ukapu, que quiere decir "serpiente", de otro árbol, y bajo su sombra vivieron los dos. El primer hijo empezó a esculpir ídolos y luego instituyó las fiestas y ceremonias. El hijo menor preparó manjares para los espíritus, construyó viviendas y empezó a trabajar. Los dos hermanos se querellaron, el mayor marchó muy lejos y se casó con una mujer de otro país; para el segundo hijo, el viejo Ivu tuvo que sacar otra mujer de otro árbol y estableció para él y sus descendientes el sistema de vida y costumbres que todavía rige. La tribu creció en número, hubo disensiones más o menos graves y grupos de puraris llegaron hasta la costa, estableciéndose en diferentes puntos de ella.

Este principio de curiosidad por los orígenes revela ya un grado de cultura mucho más avanzado que el que hemos descrito como existente entre los australianos, y seguramente los homínidos del tipo del pitecántropo ni siquiera llegaron a intuirla.

Es, pues, algo prematuro anticipar aquí las ideas del totemismo y de la religión más elemental; sin embargo, conserva la humanidad las supersticiones más primitivas, y por eso, aun entre los salvajes que practican cultos superiores, como el de los manes o difuntos, o el culto de héroes divinizados, reaparecen supervivencias totémicas con rara unanimidad. El hombre primitivo no vacila en asociar lo que hoy llamaríamos creencias contradictorias, muestra empeño en enriquecerse con ritos que parecen incompatibles. Hay ceremonias que sirven para preparar a los muchachos para la pubertad y disponer a las muchachas al matrimonio; en ellas los jóvenes guerreros de la tribu muestran su valor venciendo dificultades y soportando sufrimientos; son noviciados largos, que a veces duran meses, con períodos de silencio, reclusión y ayuno. En una palabra, el salvaje es infinitamente más religioso que el hombre civilizado y por esto se puede retro-

EL FENOMENO RELIGIOSO EN LA PREHISTORIA

El fenómeno religioso, como todo lo de índole espiritual, es muy difícil de valorarlo al bucear por las capas inferiores de la cultura humana. En primer lugar se trata de hechos que, por lo general, no dejan vestigios arqueológicos. En segundo lugar, la interpretación de aspectos tan íntimamente ligados al alma de las gentes es casi imposible. Piénsese en lo difícil que es calar hoy día, con todos los medios que los psicólogos poseen, en la raíz del fenómeno religioso y en la auténtica mentalidad religiosa de los individuos.

Hemos de renunciar, pues, a una solución simplista. Lo que para un evolucionista del siglo pasado podía resultar claro, no lo es ya ahora. La sucesión de animismo, totemismo, politeísmo y monoteísmo, tan grata a los evolucionistas de hace un siglo, no puede ya ser mantenida, por lo menos en la forma rígida que era propia de tales etnólogos. Frente a sus afirmaciones, la escuela histórico-cultural, que tanto se preocupaba del tema religioso, presentaba un esquema que vamos a resumir.

Las sociedades más primitivas entre las que ahora se conocen, o sea, las de pigmeos y pigmoides, serían moralmente de gran perfección. Poseerían ideas muy claras sobre la divinidad y su papel en el mundo; creerían en un dios creador y benévolo que premia y castiga; serían monógamos, patriarcales, exógamos y pacíficos. Las sociedades que progresan económicamente y que van dominando las técnicas retroceden moralmente. Caen en la poligamia y otras formas matrimoniales, en el matriarcado, en la magia y el animismo, que se combinan con el totemismo para convertirlos en politeístas. Según los evolucionistas, algunas sociedades superiores lograrían pasar del politeísmo al monoteísmo de las grandes religiones históricas.

Frente a esas concepciones que reflejan el deseo de aceptar una revelación sobrenatural, existen en el pensamiento moderno fuertes corrientes de escepticismo. Si el etnólogo no quiere aceptar esas posiciones que podríamos llamar ortodoxas, busca explicar el fenómeno religioso, cuyo volumen y decisiva importancia en la historia humana son indiscutibles, imaginando la situación mental del primitivo en lucha con la hostilidad del ambiente en que se movía.

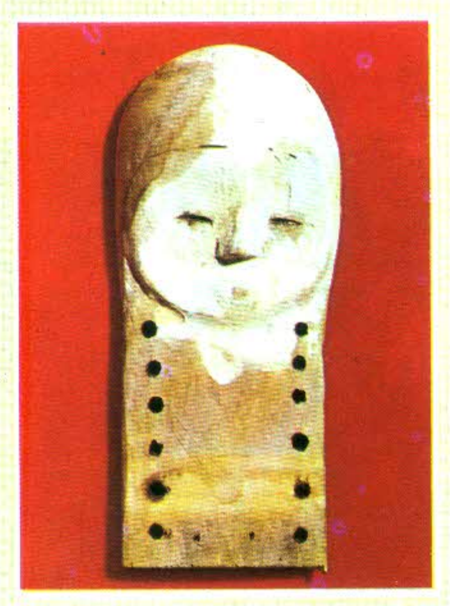
Lo precario de su vida lleva al hombre prehistórico a buscar un apoyo en la magia, esto es, en la utilización de fórmulas y ritos que le permitan, según él, dominar la naturaleza. La magia está siempre ligada a cierto animismo, esto es, a la creencia en seres sobrenaturales con los cuales se puede comunicar y que pueden ayudarle. Ello, a base de unos intermediarios, magos, hechiceros, que llamaremos *chamanes*. El primitivo se da cuenta de la fuerza enorme que palpita en la naturaleza y que se concreta en lo que se llama, con un vocablo melanesio, el *mana*. La posesión de un destello de *mana* da éxito y rango social al hombre, que se convertirá en jefe de su grupo mientras no se degrade esa fuerza. Fácil es darse cuenta de la relación entre este hecho y el origen de la institución monárquica.

Poco a poco, los hombres van ligándose a la repetición de ritos afortunados y al rechace de gestos y actos diversos cuyo fracaso ha sido ya experimentado. Así se desarrolla otro aspecto de la religión del primitivo, el *tabú*, la prohibición que a veces aísla al jefe provisto de *mana* y le convierte en un ser superior e intocable.

Es fácil imaginar cómo el desarrollo milenario de las culturas prehistóricas fue complicando las relaciones entre individuos en el interior de un grupo o entre los grupos diversos. Los espíritus ganaron personalidad propia y en ciertos casos se identificaron con las grandes fuerzas de la naturaleza. En este sentido fue siempre grande el papel del Sol, que en las altas religiones del mundo antiguo ocupa siempre un lugar preeminente, más o menos oculto tras formas más próximas al hombre. A su lado se dibujan otros poderes no menos eficaces bajo la forma de espíritus personales.

Naturalmente, si se acepta la existencia de un espíritu personal, hay que aceptar su supervivencia tras la muerte corporal. Todo el mundo de los muertos ejerce una influencia decisiva en el aspecto de la religiosidad primitiva. El daño que los muertos pueden causar a los vivos obliga a una serie de ritos y a complejas precauciones. El asegurar el bienestar de los difuntos implica otra serie complicada de ritos fúnebres.

También es fácil observar la evolución de la función mágico-religiosa que conduce a la aparición e influencia del sacerdote. Éste es ya propio de culturas más avanzadas, con urbanismo y verdaderos templos.



Por su parte, la prehistoria no tiene medios de detectar las fases que el fenómeno religioso pudo ofrecer desde el *Homo habilis*, ya que, como hicimos notar, sólo indirectamente puede conseguir datos acerca de la vida espiritual del hombre. Y, en realidad, los primeros datos que vamos a consignar corresponden ya al *Homo sapiens* en su variedad de primigenio u hombre de Neandertal. Así llegamos a una antigüedad de 100.000 años, pero nos damos cuenta de que los cientos de miles de años, desde los primeros seres humanos que el prehistoriador descubre hasta que llegamos al hombre de Neandertal, nos son totalmente desconocidos en el aspecto que ahora nos ocupa.

Con el hombre de Neandertal poseemos ya verdaderas sepulturas. El resto mejor conservado de dicha raza es el que se halló, en 1908, en La Chapelle-aux-Saints (Corrèze, Francia), un esqueleto con cráneo bastante completo (1.626 c. c.), en actitud encogida, y junto a él huesos de bisonte, útiles de sílex y algunos fragmentos de ocre. Es frecuente el hallazgo de sepulturas de niños. En uno de los últimos descubrimientos de restos de dicha raza, en Teshik-Tash, Asia central, se hallaron los de un niño, rodeados de cornamentas de ciervo hincadas. Estas gentes muestran de este modo su creencia en una vida futura, con todo lo que ello supone en su ideología religiosa, sin duda mucho más compleja de lo que a primera vista parece.

Más datos obtiene el prehistoriador sobre la vida religiosa de los hombres del paleolítico superior, ya que por vez primera disponemos de los frutos de un esfuerzo espiritual, el del arte, como ventana abierta al corazón del primitivo. Conociendo los fenómenos pararreligiosos del primitivo actual, casi todo lo que observamos en el arte cuaternario se explica fácilmente. Ese arte no sería posible sin una dedicación de sus autores, sin un alto sentido de la obra de arte, sin una vocación y un placer estéticos.

Lo más palpable es el dominio de la magia: se representan animales, perseguidos o cazados, heridos o caídos. Se trataba, pues, de magia simpática y ello encerraba para la sociedad un grandísimo interés. La chispa artística se insertaba en una necesidad social como ocurre en todas las sociedades y no digamos en la actual. El detalle del arte cuaternario, desde las Venus, ídolos de la fecundidad, hasta las pinturas de animales heridos, pasando por la rara simbología de muchos signos abstractos o las esculturas de animales para ser asaeteados en el fondo de las cuevas, todo hay que ponerlo en la cuenta de los fenómenos y actitudes pararreligiosas. Incluso si aceptáramos la explicación sexual de este arte, como quiere Leroy-Gomban y su escuela, no saldríamos del área de lo religioso.

L. P.



Arca decorada con motivos totémicos de la costa noroccidental de América del Norte (Museo Británico de Londres).

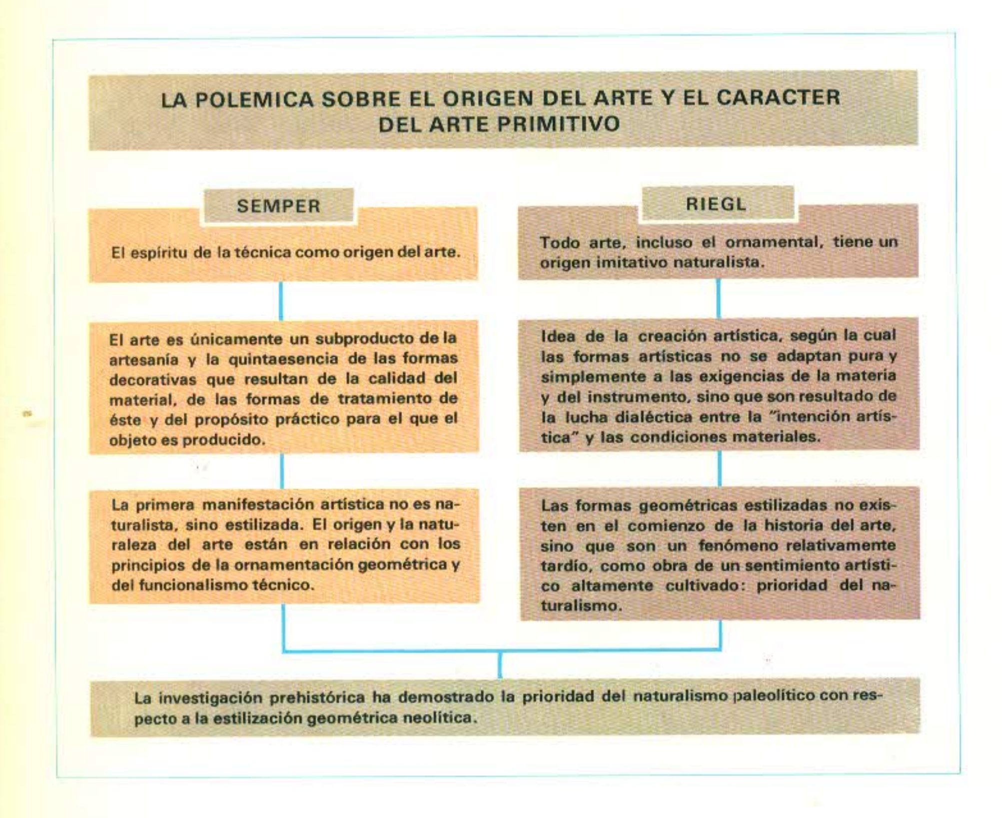
ceder sin gran escrúpulo hasta sospechar que el casi hombre, el homínido, tuvo sentimientos de tipo religioso, muy rudimentarios y toscos, instintivos.

No queremos describir ninguna de las fiestas religiosas de los primitivos actuales, porque, a menos de conceder larguísimo espacio para el relato, nuestra descripción no revelaría la importancia, el volumen, la cantidad de sufrimiento y el sentimiento que contienen. Tales prácticas varían muchísimo de unos pueblos a otros; en todos tienen de común la duración, podríamos decir, la insistencia, la cantidad. Los cantos se repiten sin fatigarse; a veces son cortas estrofas en honor del tótem, otras simplemente onomatopeyas y sonidos guturales; las matracas y los tambores atruenan el espacio durante noches enteras, acompañando danzas y más danzas, procesiones y nuevos cantos; sucédense días y más días en los que apenas se come ni se duerme, con apariciones espantosas de los cofrades, disfrazados con representaciones del tótem, los cuales se hieren o muerden unos a otros, así dentro como fuera de la casa tribal.

Todo el ceremonial está regulado por los *shamanes,* que conocen antiquísimos cantos y los enseñan a las nuevas generaciones. A veces se improvisan nuevas canciones. Ya se comprende que el estado de enajenación a que llegan los salvajes primitivos en estas fiestas ha de ser favorabilísimo para manifestaciones de lo subconsciente, que es la primera forma de producción artística. Así empiezan el canto, el baile y aun el arte plástico; el ritual exige máscaras, disfraces y objetos litúrgicos, como mantos, bastones decorados, tambores y matracas.

Estos objetos, cosa sorprendente, son de rara uniformidad. Las matracas, por ejemplo, de los indios de la costa americana del Pacífico son análogas a las de los salvajes de





Nueva Guinea y aun de ciertos primitivos africanos. Lo mismo podríamos decir de las máscaras y cinturones. Los grandes tambores, llamados *huehuetl,* cuyos redobles acompañaban los sacrificios humanos de los aztecas, en los teocalis, están en uso todavía hoy entre los indios de México, y análogos los encontramos en Nueva Guinea y otros pueblos primitivos. En las pinturas pospaleolíticas del Levante español aparecen cazadores con una extraña decoración en la pantorrilla, como una liga, y en enterramientos de la misma época, en el lugar del tobillo, junto a los huesos, se encontraban conchas perforadas, que sin duda indicaban el uso del mismo anillo decorativo de la pierna. La explicación la tenemos quizás en una costumbre actual de los salvajes: algunos habitantes de Timor ciñen la parte alta de sus piernas con una liga, que llaman *ponor,* que sirve para indicar a todos que el bravo que la lleva es un gran "cazador de cabezas".

La misma prenda o liga con cascabeles se encuentra en otras tribus salvajes del Pacífico, igual que en los hombres prehistóricos europeos, y acaso para el mismo objeto. En la danza llamada de la culebra, con que celebraban los brujos negros de la Habana el día de los Santos Reyes, algunos de ellos llevaban todavía en sus disfraces el *ponor* o jarretera prehistórica.

Con las ceremonias religiosas y sociales de los cultos totémicos se originó el arte, y acaso también por la necesidad que sentían de adornarse todos los hombres primitivos. En el noroeste de América las máscaras son a veces complicadas obras de escultura. Algunas se abren por un mecanismo que mueve el salvaje con la boca y deja ver una segunda máscara interior, indicando así una transformación del ser mitológico representado.

Pero el arte más universal, como si fuera una necesidad biológica inevitable de la especie humana, es la danza. No puede concebirse que ni aun los homínidos fósiles de cráneo aplastado y mandíbula robusta no se expansionaran danzando. Algunos monos antropoides se dice que se agitan rítmicamente en noches de luna. Hasta las liebres se mueven en ronda algunas tardes, como si danzaran aprovechándose del buen tiempo. Las danzas de los primitivos van acompañadas de gritos que no son musicales. Es el gesto, la figura, lo que cuenta en la danza. Muchos se preparan con medicinas y embriagándose con el calor y el humo de plantas narcóticas.

Las danzas llevadas al paroxismo producen deseos de sufrimiento en honor del principio totémico o divino que agita a los participantes en los días de las fiestas tribales. Es la primera manifestación del masoquismo, o placer encontrado en el dolor, una casi universal desviación humana: sufrir, padecer con azotes, recibir sangrantes heridas causadas con garfios y cilicios. Todos los primitivos se dan este raro placer, que buscan todavía ciertos seres pervertidos de la sociedad civilizada.

Máscara trifaz de la tribu de los Fang, Guinea, especial para la celebración de danzas mágicas (Museo Etnológico, Barcelona).





Antigua escultura polinesia, obra de los primitivos de la isla de Tahití.

Entre los primitivos que poseen ya un sistema mitológico con espíritus propicios y malignos, así como entre los que practican el culto a los manes o antepasados heroicos, las representaciones de estos dioses y héroes sustituyen en los mástiles a los tótems y aun se les representa aisladamente, como las singulares esculturas de la isla de Pascua, en el océano Pacífico. Ya hemos dicho que con el tiempo los tótems se convierten en espíritus o dioses, como en el caso de la mitología griega, pero a veces también otras generaciones se los representan como antepasados, humanizándolos a su manera. Tal es el caso de las tribus de Israel. Recordemos la bendición de Jacob a sus hijos, tal como la relata el *Génesis,* donde se revela el origen del tótem de cada familia. "Judá es un león cachorro, Isachar un asno grande y fuerte, Neftalí una cierva, Benjamín un lobo..." Algunas razas representan, pues, a estos "divinos" antepasados con figura humana y el tótem se ha convertido ya en un héroe o genio tutelar. Este también es otro de los orígenes del arte.

Además, los ritos de los pueblos trashumantes o cazadores les obligan a pintar santuarios en las rocas, para prepararse así a la cacería. Allí donde se representan animales, y aun figuras humanas, los artistas primitivos demuestran un admirable sentido estético para percibir sus menores movimientos. Así son los famosos frescos de los bosquimanos, tan parecidos a las pinturas del hombre prehistórico europeo.

Los antepasados continuarán ejerciendo una influencia tutelar después de muertos. Su carácter de héroe queda todavía muy vago, pero se reconocen sus comienzos. Así, en las famosas estatuas de piedra de la isla de Pascua, en el océano Pacífico, se distinguen dos categorías: la de los personajes que van con la cabeza descubierta y los que llevan una especie de gorro de piedra. Los primeros serían solamente héroes de una generación; los segundos serían ya divinizados.

Hemos venido hablando de grupo, tribu, nación o familia porque pronto el hombre primitivo se organizó en sociedad. Aunque trashumante, sin lugar fijo de permanencia, el homínido debió de tener ya un rudimento de tabúes o prohibiciones que más adelante serán la base de la moral y su legislación.

Los tabúes son variadísimos, según el grado de evolución de cada banda de primitivos; pero hay algunos tan universales y



Escultura mágica de los habitantes de Nueva Guinea.

constantes, que debemos aceptar que fueron impuestos cuando el homínido no podía pensar con entera claridad. Uno de ellos, el más estudiado, el más famoso, es el incesto. Todos, absolutamente todos los primitivos actuales y, no hay que decirlo, los hombres más modernos también, tienen tabúes prohibitivos para matrimonios consanguíneos. Es un asunto muy discutido, sin poder aclararse cuál fue la razón inicial del horror al incesto en la hora primera de la humanidad. La explicación fisiológica que damos hoy de que es pernicioso para una gente acumular los elementos de herencia cuando no son favorables, no puede atribuirse a los homínidos.

La otra explicación del tabú para el incesto es la psicológica. Los cónyuges serán más celosos si no se han acostumbrado a verse desde pequeños. Instintivamente el hombre prefiere lo que no le es familiar. Pero cualquiera que sea la causa, los hombres primitivos, incluso los más primitivos, todos son tenaces en aplicar, y a menudo con pena de muerte por su transgresión, las reglas del incesto. Algunos exigen que los matrimonios no sólo sean entre personas de diferente familia, sino también de otra tribu, y su sociedad se caracteriza por esta prohibición; son los que forman grupos exogámicos. Otros que, en cambio, tampoco consienten el matrimonio de los miembros de la familia, imponen que por lo menos se casen dentro de la tribu; así se forman los grupos endogámicos. He aquí, pues, una jurisprudencia que se remonta a la época de los hombres de Java, Mauer y Pekín, y a la que nosotros sólo en ciertos casos dejamos de obedecer.

Algunos de los actuales pueblos primitivos dan carácter religioso simplemente decorando con figuras mitológicas la cabaña o choza del jefe. Para la iniciación a la pubertad otros levantan un tablado sobre troncos de árbol y allí disponen el santuario, donde los neófitos pasan varios días encerrados, sometidos a ritos de preparación. Estas cabañas, que suelen decorarse con figuras y mascarones, son las primeras manifestaciones de la arquitectura y la escultura monumentales.

El canto y la poesía empiezan también, según hemos dicho, a tener valor social en las ceremonias de las cofradías primitivas. Es fácil, sin embargo, que el canto tenga un origen espontáneo y que el homínido emitiera gritos como los pájaros. El filósofo francés Taine, observando la aparición de la facultad de hablar en uno de sus hijos, notó que éste, antes que hablar, se lanzó al canto.

LA PREHISTORIA EN EL PENSAMIENTO DE KARL JASPERS

El planteamiento del problema de cómo el hombre ha llegado a ser hombre en la prehistoria y la historia es lo mismo que el planteamiento de la pregunta por la esencia del ser del hombre.

La evolución prehistórica del hombre es la formación del ser humano en su constitución fundamental.	**La evolución histórica es el desarrollo de las capacidades y dotes espirituales y técnicas adquiridas.**
El resultado de la evolución prehistórica es algo transmisible biológicamente, algo asegurado a través de todas las catástrofes históricas.	**Las adquisiciones de la historia están enlazadas con la tradición histórica y pueden perderse.**

En el hombre existe un subsuelo de potencias activas procedentes de los tiempos de su formación. La prehistoria es la época en que se ha constituido esa naturaleza del hombre. Si pudiéramos llegar a conocer la prehistoria, conoceríamos una sustancia fundamental del ser humano, puesto que conoceríamos su evolución, las condiciones y situaciones que le han formado tal como es.

En el tiempo se diferencian en la prehistoria dos grupos: la prehistoria "absoluta", antes del comienzo de las grandes culturas, a partir del año 4000 antes de Cristo. Y la prehistoria "relativa", contemporánea con el desarrollo de estas culturas transmitidas documentalmente: en parte, en su cercanía y bajo su influjo; en parte, a distancia y sin contacto.



Los siete "mohais" de Ahu-Akivi, en la isla de Pascua.

"A los tres meses y medio –dice Taine–, la criatura, colocada sobre una alfombra en el jardín, empezó a mover brazos y piernas, a emitir cierto número de gritos y exclamaciones, pero vocales solamente, nada de consonantes. Esto continuó por espacio de varios meses, hasta que añadió consonantes a las vocales y articuló sonidos. Por fin se acostumbró a una especie de canturreo que duraba cosa de una hora, y lo repetía, como un pájaro, unas diez veces al día." Así, por una necesidad medio física de mover los pulmones, medio espiritual de producir sonidos y armonías, comenzó el canto.

Cómo empezó la poesía o el relato poético, ya parece ser más difícil de descubrir. Hoy no es corriente atribuir al pueblo ni a las razas primitivas el sentido artístico. Según los críticos modernos, el pueblo no hace más que imitar a los genios superiores, pero el autor de este libro persiste en creer que las mentes primitivas gozaron de la facultad de improvisar poesía. He aquí cómo cuenta la improvisación de dos canciones por los esquimales el doctor Jennes, de la *Canadian Artic Expedition:* "Al día siguiente de llegar al lugar, los esquimales poseían ya un canto acerca de nuestra llegada, con nuevas palabras adaptadas a una música vieja... Ikpakhanh se divirtió tanto cuando expliqué una aventura mía con una zorra, que antes que yo hubiese acabado con mi relato ya había improvisado una canción acerca de ella...".

Alguien dirá –y acaso esté en lo cierto– que los cantos, ritos y supersticiones que hemos descrito en este capítulo no tienen nada que ver con la primitiva humanidad. Son fenómenos regresivos, caídas, más que progresos, del espíritu humano. Estos primitivos nos dan, no una imagen del hombre apenas salido de la nada por voluntad de Dios, sino, puramente, una visión dolorosa de casos lamentables de degeneración y embrutecimiento...

Pero Dios hizo al hombre del fango, y hoy por hoy la mayor parte de los naturalistas insisten en que este fango –este pobre material del que Dios hizo al hombre, destinado a ser "sólo un poco inferior a los ángeles", como dice el Salmista–; este fango, esta arcilla de la que debíamos salir nosotros, es el pobre material apenas humano de que están formados los australianos, bosquimanos, esquimales, fijianos y tasmanianos.

BIBLIOGRAFIA

Bergounioux, F. M. de	*Mentalidad religiosa y prehistoria,* en "La aparición de la vida y del hombre", Madrid, 1969.
Chauchard, P.	*Le langage et la pensée,* París, 1960.
Daryll Forde, C.	*Habitat, Economía y Sociedad,* Barcelona, 1966.
Eliade, M.	*Traité d'Histoire des Religions,* París, 1968.
Gordon Childe, V.	*Los orígenes de la sociedad europea,* Madrid, 1968.
Hamburger, L.	*Le langage et les langues,* París, 1951.
Hawka, J., y Wolley, L.	*Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad,* Buenos Aires, 1966.
Herskovits, M. J.	*El hombre y sus obras,* México, 1964.
Hoijer, H.	*Language in culture,* Chicago, 1954.
Kühn, H.	*El arte rupestre en Europa,* Barcelona, 1957.
Laming, A., y otros	*A la recherche de la mentalité préhistorique,* París, 1953.
Laming Emperaire, A.	*La signification de l'Art rupestre Paléolithique,* París, 1962.
Leroi-Gourhan, A.	*Les religions de la Préhistoire,* París, 1964.
Lowie, R.	*Traité de sociologie primitive,* París, 1935. – *Primitive religion,* Londres, 1935.
Meillet y Cohen	*Les langues du monde,* París, 1952.
Revesz, G.	*Origine et préhistoire du langage,* París, 1950.
Vendryes, J.	*El lenguaje. Introducción lingüística a la historia,* México, 1957.



Monolito en piedra roja de la isla de Pascua, piedra de rara coloración que procede del volcán Pana-a-Pan.